

El pez, por la Boca...

Nuevo don Porfirio

POR LORENZO MEYER

27-XII-85

LA idea debe ser casi tan antigua como el poder mismo. Una de las formas de legitimar el dominio de unos hombres sobre otros ha sido la de insistir en que quienes dan las órdenes lo hacen porque son los herederos legítimos de algún profeta, héroe, rey o pueblo que en lo pasado hizo un enorme bien a los suyos o a la Humanidad misma. Se supone que los herederos mantienen algunas de las virtudes del antepasado.

Dante reclamaba para Roma el derecho a ser la sede de un imperio universal porque los romanos, en tanto pueblo, eran todos descendientes del rey Eneas (según testimonio de Virgilio). Entre nosotros, los aztecas, una vez que se impusieron a sus vecinos por la fuerza, pretendieron justificar su derecho a gobernar diciéndose descendientes de teotihuacanos o toltecas. Los ejemplos se pueden multiplicar por centenares y es que resulta prácticamente imposible resistir la tentación de justificar una situación presente con las glorias del pasado, sobre todo si quienes se dicen herederos de ese pasado no están muy seguros de su propia legitimidad.

Nuestros gobiernos han sido muy dados a no dejar pasar ninguna oportunidad que los identifique como herederos de las luchas y los héroes de nuestra historia, sin importar que la lógica salga muy mal parada por el intento. Oyendo el discurso que sale desde las alturas pareciera que Cuauhtémoc, Hidalgo, Morelos, Juárez o Madero, hicieron todo lo que se dice que hicieron teniendo como meta central la creación del PRI, que gustosos se sacrificaron para permitir que años después de su muerte el poder lo ejercieran justamente aquellos que organizan la celebración del héroe.

★

EL afán de buscar a toda costa la "raíz y razón" de los gobiernos de nuestros días en el pasado glorioso, puede resultar a veces algo simplemente intrascendente, pero otras, puede ser catastrófico. Creo que esto

con lo blanco de ahora— ha hecho que el tiro salga por la culata.

★

EN uno de los programas de televisión a que me refiero, el narrador, con la voz de quien denuncia una monstruosidad inaudita, nos reveló que antes de 1910 en México no había democracia. Y para probarlo, nos dijo que no era el pueblo, sino el propio dictador Porfirio Díaz quien designaba personalmente a los gobernadores, los diputados, los senadores y a los miembros del Poder Legislativo. ¿Qué es lo que se supone que debemos hacer con tamaña afirmación? Para empezar, darla por buena, pero es difícil que la cosa pare ahí, pues resulta inevitable que al comparar la falta de democracia en 1910 con el presente, no se encuentre el contraste que desea el discurso oficial, sino, por lo contrario, una enorme similitud. Para nadie es un secreto que la meta democrática de Madero sigue sin cumplirse, entonces, ¿para qué nos invita el gobierno a reflexionar sobre eso?

★

LOS celebrantes oficiales de los 75 años del inicio de la lucha que puso fin al gobierno de Díaz, gustan de poner énfasis en la brutal desigualdad social de México de principios de este siglo, así como de la venalidad de la justicia y la dependencia económica de nuestro país. El tiempo, que todo lo cambia, ha hecho que el México de ahora sea muy distinto del de entonces. Y, sin embargo, la sustancia de las acusaciones que en su momento hicieron los revolucionarios al régimen de Díaz, hoy se pueden usar, casi textualmente, para enfrentar al régimen actual con sus fallas y claudicaciones.

No faltará quien diga que, pese a todo, la revolución significó, al menos, la superación definitiva de las dictaduras personales y el caudillismo. Esto puede ser verdad, pero es posible decir también que si la revolución acabó con don Porfirio, dio vida a lo que podemos llamar el nuevo don Porfirio. Este ya